

CAPITULO VIII.

Refiérense las vidas de otros religiosísimos padres hijos de esta provincia de Zacatecas.

El venerable padre Fr. Francisco Merino fué un prodigio de mortificación y penitencia: tomó este venerable padre el hábito en el convento de Zacatecas para religioso lego, y aunque algunos dicen ser hijo de San Luis Potosí, no halló en esto probabilidad alguna, porque el pueblo de San Luis se fundó por los años de 1583, y este venerable religioso murió de mas de cuarenta años de edad por los años de 1613; con que cuando se fundó San Luis ya tenía de edad el padre diez años, lo que me parece mas verisímil es, que el padre Fr. Francisco era hijo de los reinos de Castilla, y que habiendo venido á estas partes como vienen muchos, pidió nuestro santo hábito en nuestro convento de Zacatecas, movido de superior impulso. El deseo que tuvo de la conversion de las almas, le manifestó en la ocupacion continua con que se atareó en la reduccion de los gentiles, sin dejar doctrina en esta dilatada provincia que no anduviese haciendo en todas mucho fruto con su religiosidad y ejemplo, catequizando á los recién convertidos, y enseñándoles las obligaciones de cristianos, y siendo la tierra tan desierta y dilatada, salía para las mayores distancias á convertir infieles, como pudiera salir á las mas deliciosas recreaciones, siempre á pié y descalzo y sin mas viático que el que la piedad divina le ofrecia en las rústicas raices de los campos, pasando con muchísimo contento todas estas incomodidades, demostrando en lo

interior de su rostro la interior alegría y paz de su espíritu.

Era en la oracion muy frecuente, arrobándose continuamente en ella, tanto que parecia vivir en la region del aire lo mas del tiempo, elevada la groseria de su carne á las violencias del espíritu que reconocia en el trato interior con Dios, pertenecerle mas noble esfera. Era benignísimo con todos, y al mismo paso era consigo tan cruel y duro, que maceraba su cuerpo con disciplinas, ayunos, cilicios y otras continuas y multiplicadas mortificaciones. Pasando en una ocasion por la obediencia desde el convento de San Luis al de Zacatecas solo, y á pié como continuamente andaba, paró á las orillas de un riachuelo que llaman de la Parada, tres leguas distante del convento de San Miguel Mezquitic, y como siete de San Luis, púsose en oracion debajo de un árbol, y como la soledad era tan amartelada de su espíritu para semejantes empleos, se arrebato en la contemplacion tanto el venerable y devoto religioso, que estando de rodillas y sin mas abrigo que el que le ministraban las ramas del silvestre tronco, no sintió un copiosísimo aguacero que inundaba todos los campos; tal fué, que creciendo el arroyo con el diluvio repentino, llegó impetuoso hasta el lugar en que el siervo de Dios estaba mentalmente abstraído, y le ahogó, sin que con las corrientes rápidas perdiese la postura en que estuvo en la oracion elevado, hasta que habiéndose aplacado la avenida, pasando algunos por aquel camino, vieron al religioso puesto de rodillas y muerto, conociendo por las señales lo que habia sucedido, pudiéndose decir con verdad al ver su inflamado pecho entre las copiosas corrientes de las frias aguas, ardiendo en divino amor: *Aqua multa non potuerunt extinguere charitatem.* Pues las aguas de aquel diluvio y las rápidas corrientes del arroyo, no pudieron apagar la caridad que en su pecho ardia. Lleváronle á sepultar al convento de San Miguel Mezquitic, y hallaron su cuerpo cargado de cilicios y mallas de fierro, dejándonos campo para deducir de estos antecedentes felicísimas consecuencias.

El venerable padre Fr. Juan de Herrera, distinto del otro Fr. Juan de Herrera, que murió á manos de los indios de Sinaloa, fué ministro muy celoso, versado é inteligente en el idioma de

los bárbaros; tuvo especialísima gracia de aprender y hablar con toda perfeccion en cinco distintos idiomas, por cuyo medio hizo copiosísimos frutos en la conversion de los indios en las sierras de la Vizcaya. Anduvo la mayor parte de esta provincia y sus conversiones con apostólico celo, y aunque fué excelente en todo género de virtudes, à lo que mas le inclinaban sus fervorosas ansias, era à sacrificar á Dios nuestro Señor su vida, deseando morir á manos de los bárbaros en obsequio de nuestra santa fé católica, y ansioso generosamente de la consecucion de tan preciosa corona, se metió entre las mas belicosas naciones de los indios, solicitando lograr este deseo; pero halló en los bárbaros una paternal blandura y era de ellos tan amado, que jamas fué ofendido de ellos. Claro testimonio es de lo que le amaban y respetaban los indios, el siguiente caso, tan admirable como lastimoso.

Sucedió que habiendo assolado los indios bárbaros chichimecos un convento que se llamaba San Andrés de las Ventanas, en que el año antecedente se habian puesto á costa de la real hacienda muchas familias de tlascaltecos, se hallase solo en el convento el padre Fr. Juan, porque el compañero que tenia, habia salido á materias de su administracion à otras rancherías: llegaron al pueblo innumerables indios bárbaros, tan sangrientos, que quitaron las vidas á ciento tres personas de uno y otro sexo y de todas edades, los mas de ellos tlascaltecos: salió á su presencia el fervoroso padre afeándoles sus abominables atrocidades, y se puso arreadamente à predicarles con ferviente espíritu, deseando que le quitasen la vida en defensa de la verdad que les predicaba. Al verle los tiranos indios, quedaron suspensos y confusos, sin poder resistir à la eficacia de sus encendidas palabras, cayéndoseles de las manos los arcos y las saetas, comenzaron à retirarse del pueblo; seguialos el padre, y ellos huian tan presurosos de sus voces, como pudieran huir de muchos armados ejércitos.

Conociendo el venerable religioso que no era voluntad de Dios que consiguiese tan noble corona, se volvió al pueblo, en donde se halló rodeado de tantos cuerpos difuntos que le hicieron prorumpir en copiosas lágrimas ocasionadas de dolor y pena. Avisó á las estancias para darles sepultura, y habiendo

llegado muchos españoles, los sepultaron à todos, y los pocos que quedaron vivos se dió forma de que pasasen al Real de Chalchihuites para vivir asegurados de semejantes hostilidades, mudándose por este lastimoso caso los religiosos con ellos, que fabricando nuevo convento, son hoy administrados de los religiosos. En este Real murió este venerable religioso un viernes santo, predicando la Pasion de Jesucristo. Ponderaba con tiernísimos afectos la clemencia de nuestro Redentor en haber dado su vida por el linage humano; y significando la grave ingratitud de los hombres en no morir por quien por nosotros ofreció su vida, entregó en estas amorosas ponderaciones su espíritu al Señor, quedando el auditorio admirado de tan inopinado suceso. Despues que se desembargaron las potencias de los oyentes de la admiracion, prorumpieron en lágrimas y sollozos, con arrepentimiento de sus culpas, y propósito firme de la enmienda en sus torcidas costumbres. Diósele sepultura en nuestro convento de Chalchihuites el año de 1599, y sus religiosas operaciones dejaron à los hijos de esta provincia memorias venerables, que aun se conservan de su angélica vida, y de su feliz y dichosa muerte.

El venerable padre Fr. Pedro de Heredia, hijo de nobilísimos padres de la ciudad de Durango, tomó el hábito en el convento de la villa del nombre de Dios el año de 1570, y fué de los primeros hijos que tuvo esta apostólica provincia: fué varon de mucho espíritu y tan elevado en la contemplacion de los misterios de la vida, pasion y muerte de nuestro Sr. Jesucristo, que continuamente andaba llorando y como absorto. Fué ministro celosísimo de la conversion de los indios chichimecos, para cuya consecucion con licencia de los superiores se metió en busca de ellos por las serranías de la tierra caliente, adelante de San Francisco del Mezquital, tierra áspera y trabajosa, y de innumerables mosquitos que le afligian mucho y le mortificaban; pero lo sufrían todo por amor de Dios, teniéndolo todo en poco por ganar à Dios innumerables almas: su comida era un poco de maiz tostado y otras silvestres frutas de la Sierra, queriéndole los indios con extremo, y así se redujeron à sus persuasiones à pueblos, y con ser tan bárbaros, no solo no hicieron daño à este venerable religioso, sino que movidos de su pre-

dicacion y ejemplo, se redujeron al seguro aprisco de la Iglesia. Dejó encomendadas estas nuevas ovejas á los ministros del Mezquital, que aun perseveran de nuestra Seráfica familia, y celoso de mas conversiones, por los años de 1588 entró por la parte de Santa Lucía á reducir á la Iglesia otros muchos bárbaros que vivían en aquellas montuosas asperezas sin mas compañía que su breviario y un devoto crucifijo.

Salieron los chichimecos á recibir al nuevo predicador al camino, no de paz y cariñosos como los primeros, sino como belicosos bárbaros, solicitando quitarle la vida para comerle como lobos carniceros, tirándole muchas flechas; pero como Dios le guardaba de sus atroces tiranías, aunque le llegaban y se clavaban en el hábito, nunca pasaban á la carne, librándole Dios de estos peligros; proseguían los indios en sus bárbaros intentos; pero trabajaban en vano, porque Dios era la segura custodia de este israelita franciscano; y viendo los bárbaros sus deseos desvanecidos, confusos y horrorizados huyeron fugitivos por los montes. En otra ocasion entró á la misma Sierra acompañado de un indio manso, y habiendo comenzado á predicar á los bárbaros, conoció que querian matarle, y tomando el consejo de Jesucristo, viendo ya á su lado muerto el indio su compañero, huyó de su diabólica furia presuroso; iban dándole alcance los indios, y era inexcusable su peligro: viéndose en este conflicto, se encomendó deveras á Dios y á su Santísima Madre, y luego vió en el campo raso un caballo muy lozano, que habiéndose arrimado á él el bendito religioso, se dejó montar y pudo con su ligereza librar su vida, proveyendo Dios por este medio de remedio á su siervo. Fué electo custodio de esta custodia de Zacatecas, y trabajó mucho en su dilatacion y aumento. Murió en venerable ancianidad, y está enterrado en nuestro convento de Durango, donde años antes un hermano suyo habia sido oficial real, y habia fabricado del todo nuestro convento.

El venerable padre Fr. Francisco Loranca fué hijo de la provincia de Castilla, y habiendo venido en mision á la de México, pasó con el celo de la conversion de los indios á la custodia de Zacatecas: sabia muy bien la lengua mexicana, y con esta tan esencial prenda hizo grande fruto entre los bárbaros zaca-

tecos y guachichiles, convirtiendo innumerables á la fé de Jesucristo, pues afirman que despues de haber gastado algunos dias en el catequismo de los bárbaros, bautizó por su mano en un solo dia mil setecientos indios, sin los indios sin los párvulos. Fué religioso penitensísimo y de continuada oracion. Murió de mas de ochenta años, y está enterrado en el convento de Chalchihuites, á quien sin duda en su muerte le diría Dios: "Porque fuiste siervo fiel en el ministerio de apostólico obrero que te dió mi Divina Providencia y no perdonaste los trabajos por convertir las almas al conocimiento de mi Santo Nombre, te haré participante de los eternos gozos que tiene mi infinita Sabiduría prevenidos para sus escogidos."

El venerable padre Fr. Martin de Veleña fué en su mocedad casado, tenia sobrados bienes de fortuna con que atendia con mucha decencia á las obligaciones de su estado y de su familia, portándose en lo demas con mucho ejemplo y edificacion de los vecinos: murió su muger sin haber dejado sucesion; y desengañado de los engaños del mundo y sus momentáneas delicias, trató de dar sus bienes á los pobres, y tomó el hábito de nuestra Seráfica familia; y segun discurro, fué en el convento de San Luis, enterado del consejo de David que dice: que vale mas un dia en la casa de Dios, que cien mil entre las delicias del mundo. Libre Fr. Martin de su compañera, se acogió como mística tórtola en el retiro de la religion al árbol de la cruz, haciendo nido para su descanso en las roturas de aquellas sangrientas llagas del Crucificado, en cuya meditacion pasaba las noches enteras, doliéndose con tristes arrullos de las penas y tormentos de su amado Jesus, con tan copiosas lágrimas y suspiros, que enternecia á los corazones mas duros.

Ordenóse de sacerdote, porque era escelente latino, para cuyo santo ministerio se vistió de todas las virtudes en grado heroico. El celo de la salvacion de las almas era el que mas abrasaba su enamorado espíritu, y como para ejercitar tan santo empleo, es la basa fundamental la pobreza de espíritu y la negacion de sí mismo; de tal suerte se apoderó de estas virtudes, que siendo en la estimacion de todos un varon todo apostólico, en su conocimiento era el mas vil y mas mal hombre del mundo. El desasimiento á las cosas temporales lo dirá el si-

guiente caso: Cuando profesó, le hicieron hábito nuevo, y le dieron un sombrero para los caminos, y habiendo sobrevivido treinta años á su profesion, y los mas de ellos convirtiendo infieles por los campos, le duró este solo hábito y sombrero los treinta años, sin que jamas vistiese otro; de donde se infiere cuánto era el menosprecio de sí mismo; pues hábito de treinta años no le tenia por viejo. Intentaron los indios chichimecos matarle varias veces, porque con su predicacion despoblaba sus rancherías, reduciendo innumerables á los seguros apriscos de la Iglesia; pero siempre le libró Dios de sus tiranas manos, para mayores obras de su servicio: padeció entre ellos indecibles hambres; pues en sus rancherías no hay mas mantenimiento que tunas y raíces. Murió en paz como hombre santo, por los años de 1599, y está enterrado en nuestro convento de Zacatecas.

CAPITULO IX.

Vida de los venerables padres Fr. Juan de Roentes y de Fr. Gerónimo Pangua, hijos de esta provincia.

El celo y cándida vida del padre Fr. Juan de Roentes dejó venerables vestigios que seguir á la posteridad de los hijos de esta provincia. Tomó en ella nuestro santo hábito siendo custodia en el convento de la villa del Nombre de Dios: fué siempre virtuosísimo y celosísimo observador de nuestro evangélico institu-

to, dando desde su tierna edad primicias de su singular virtud, que fué creciendo siempre, hasta ser ejemplarísimo ansiano, pues como el oráculo divino nos enseña, es grande felicidad en un tierno mancebo habituarse al yugo de la virtud desde sus tiernos años, pues por este medio se eleva en lo religioso sobre sí mismo, y aun la erudicion numeró por la mayor y mejor parte de la vida el natural dócil de un virtuoso mancebo y la juventud bien habituada. Aplicóse desde muy niño á todo género de virtudes, las que consiguió teniendo sujeta con el rigor de la penitencia, en que fué rigidísimo, la rebeldía de la carne.

El celo que le asistia de la salvacion de las almas, era ardentísimo, por cuya causa para emplearse en la conversion de los indios, puso toda sollicitud en aprender sus idiomas, y lo ejecutó con tanto conato y vigilancia, que aprendió tres distintos idiomas de distintas naciones chichimecas, con perfecta inteligencia: con esta esencial noticia para semejante empleo comenzó á hacer muchísimo fruto en los indios de Vizcaya, enseñándolos caritativamente, y tolerando con grande paciencia las bárbaras resoluciones que ejecutaban continuamente con sus ministros. Ocupóse muchos años en tan loable ejercicio con mucho aprovechamiento de los indios, y aunque la provincia en atencion á su religiosidad y literatura le hizo difinidor, no dejó por eso de continuar tan santo ejercicio, ganando para el cielo muchas almas con su predicacion y ejemplo. Hizose de los bárbaros tan amable con su sincero y religioso trato, que le tenían grande veneracion y respeto, obediéndole en medio de sus desordenados modos de vida, con mas rendimiento que á sus mismos padres.

Fué devotísimo de las benditas ànimas del purgatorio, y muchas le vinieron á pedir los socorros de sus oraciones y devotos ejercicios para salir de aquellos oscuros y lóbregos calabozos en que, hasta purificar sus culpas, las tenia la justicia divina destinadas. Ocasión hubo en que, acabado el santo sacrificio de la misa, y echando un responso sobre la sepultura de un bienhechor del convento, gritasen de otra sepultura, diciendo: "á mí, padre Fr. Juan, que necesito de ese sufragio; que fulano; y le nombró por su nombre, ya salió á ver á la Divina Esencia con sus sufragios." Otros innumerables casos acerca de este parti-